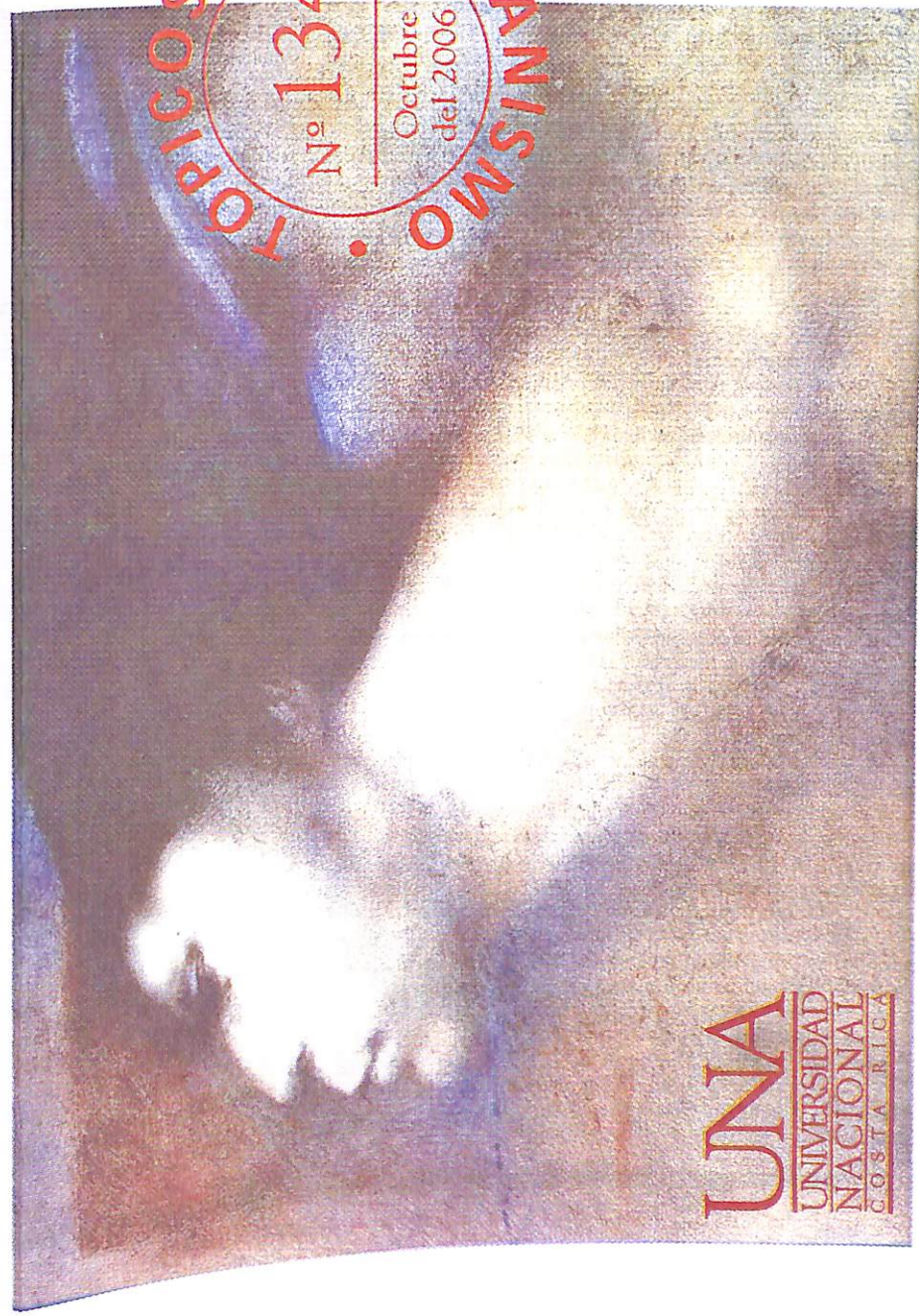




UNA
UNIVERSIDAD
NACIONAL
COSTA RICA



TOPICOS DEL HUMANISMO
Nº 134
Octubre
del 2006

UNA
UNIVERSIDAD
NACIONAL
COSTA RICA

¿Novela o gran engaño?



Daniel Baudrit

Con motivo del estreno de la película *El Código Da Vinci*, el telenoticiario de CBS, Estados Unidos, pasó una investigación del periodista Ed Bradley en su programa *60 minutos*. Bradley viajó a Francia para investigar los hechos que citan el libro de Dan Brown y su sitio en Internet.

Uno de esos hechos es la realidad de documentos que prueban la existencia de la sociedad secreta Priorato de Sión, tema central de su novela. Estos documentos están custodiados por la Biblioteca Nacional en París. Bradley tiene acceso a los documentos y relata que Pierre Plantard los colocó ahí en 1960. Plantard fue investigado por el historiador y director de archivos policíacos Claude Charlot, quien afirma tener pruebas de que Plantard fue investigado en la II Guerra Mundial y se encontró que era fantasioso.

Antecedentes ficticios

Además se le acusó y condenó por fraude en 1953, al fundar sociedades que existieron solo en el papel, como la Renovación Nacional Francesa. Tres años después de su condena, Plantard fundó una nueva organización a la que llamó "Priorato de Sión". Diez años más tarde, continúa Bradley, Plantard le dio al Priorato de Sión antecedentes ficticios, incluyendo una lista de grandes maestros y depositó la lista en la Biblioteca Nacional en París. Charlot afirma que no hay evidencia histórica de la existencia del Priorato de Sión antes de que Plantard lo inventara en 1956. Sostiene Charlot que todo lo que dice Plantard, o lo que los demás han dicho sobre el Priorato de Sión, que el gran maestro era Víctor Hugo o Leonardo Da Vinci, es pura invención.

Bradley entrevista también a los investigadores Bill Putnam y a John Edwin Word, quienes han escrito un libro sobre de los supuestos hechos históricos: los pergaminos encontrados en la iglesia de Rennes le Chateau que mencionan la palabra "Sión" y que dieron lugar a que un escritor de televisión de apellido Lincoln mencionara en la década de 1980, antes que Brown, la historia del Priorato de Sión. Putnam explica que al estudiar uno de los textos escritos en latín constataron que son una cita de la Biblia Vulgata de la edición de 1889. Es decir, dice Putnam a Bradley, que no es posible que estos pergaminos hayan sido encontrados por el padre de la iglesia de Rennes le Chateau antes de 1889, mucho menos todavía que fueron escritos en 1099, año en el que Brown da como de fundación del Priorato de Sión.

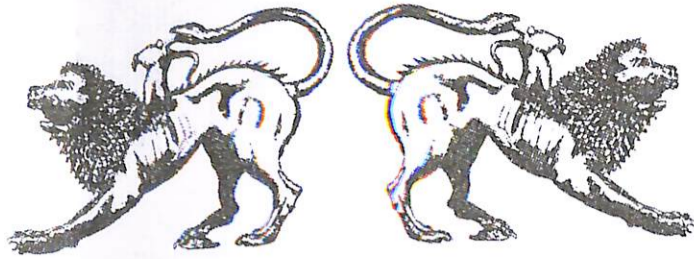
Un "buen" engaño

Putnam y Wood dicen a Bradley que fue Plantard quien colocó los pergaminos en la iglesia de Rennes Le Chateau ayudado por Philippe de Cherisey. Bradley encuentra los pergaminos originales que están en manos del escritor Jean-Luc Chaumeil, quien conocía a Plantard y a Cherisey y del cual heredó los documentos. Chaumeil envió los documentos para su análisis a dos expertos e indica que los documentos tenían alrededor de 40 años de edad. O sea, fueron hechos alrededor del año 1960 y no en la época de las Cruzadas. Chaumeil también está en posesión de un manuscrito de Cherisey en el que describe cómo elaboró los pergaminos para producir lo que él llama: un buen engaño.

Pregunta Bradley a Chaumeil que, si los pergaminos son un engaño, si están falsificados, ¿qué le hace esto a toda la historia de Rennes Le Chateau y la historia del Priorato de Sión? Chaumeil responde que, si los pergaminos están malos, la historia terminó.

Pregunta de nuevo Bradley, pero esta vez a Putnam y a Word, que dónde colocarían este en la lista de engaños que se han perpetrado a lo largo de la historia, y ellos dicen que decididamente en el primer lugar. El artículo del reportero Bradley brinda más detalles que los que aquí he presentado y se encuentra disponible en Internet, en idioma inglés, para quien desee profundizar más sobre el tema.

Reproducido de *La Nación*, San José, C.R., Foro, 33A, viernes 19 de mayo de 2006.



Turismo policíaco



Roberto Ramsom

El Código Da Vinci promete mucho. Parece un *thriller* a la manera de *El nombre de la rosa* de Umberto Eco. Desde el inicio, sin embargo, hay indicaciones de esto no será así. Los capítulos cambian de escenario y de personajes cada cinco o siete páginas. Más que emplear como estilo una versión –o parodia– de estética fragmentaria modernista, Dan Brown, abusando de un rasgo propio del *thriller*, nos deja al final de cada capítulo en un momento de suspenso o plena crisis, de manera que uno sigue leyendo, con cierta desesperación al comienzo, para saber qué ocurre a continuación en cada una de las historias. En vez de capítulos completos, que se entrelazan con todo y sus escenarios y personajes diversos, y cuya continuación busca el lector por querer adivinar –adelantarse a lo que vendrá después–, ocurre lo mismo que con mucho del cine contemporáneo, en el que, con tal de no perder la atención del espectador, no mayor a diez o quince segundos, se prefiere evitar detenerse en paisajes, personajes o diálogos ricos y extensos. El efecto muy pronto es de fastidio.

La segunda debilidad, inseparable de la anterior, reside en el lenguaje. La prosa de Brown no ofrece dificultad alguna, ni una recreación lo suficientemente compleja para ser verosímil. La descripción en esta novela es explicativa, no interpretativa, y la exposición se da a modo de guía turística. No busco personajes redondos ni una novela decimonónica: lo que busco, cuando se me invita a leer una novela sobre un asesinato, un misterio o el enigma que deja atrás un asesinato, o ciertas sociedades secretas, o Santa María Magdalena, el Santo Grial y los templarios, o los textos de Qumram y Nag Hamadi, o el Vaticano, el Opus Dei y todo lo que guarde relación con la simbología, es dejarme llevar por un tejido cuyo envés no se vea casi desde el inicio, y entusiasarme con mundos, lenguajes, inteligencias que no sean de mi vida cotidiana, y creer venidero o ya en curso el Apocalipsis... y tomar partido. Posiblemente estas expectativas responden en parte a que la historia se ubica, de modo sutil –lo cual es un acierto–, en un futuro cercano, donde el nuevo Papa es liberal y crítico del Opus Dei. Al igual que Eco ubica sus obras en el pasado, volviéndolas así más romance que novela, Brown ubica su novela en el futuro, lo cual implica profecía y adivinación, y promete el rango imaginario y la lucha personal del romance.

La tercera indicación, y última, es que la trama, aun para este tipo de novela, no es creíble. Y al arrastrar la trama a los personajes, éstos también pierden nuestra empatía, nuestro interés, ya no son ni atractivos ni repulsivos. El autor parece a cada paso querer salvar las incongruencias, parece estar forcejeando con el mismo rumbo que toma la novela, pero no lo hace de modo irónico o paradójico. Al inicio la lucha parece ser entre el Opus Dei y la sociedad secreta del Priorato de Sión y su Gran Maestro, quien es el principal curador del Louvre y es asesinado dentro del mismo museo (Leonardo Da Vinci también fue Gran Maestro, y en la simbología de su obra está inscrita esta tradición subterránea, de ahí el título de la novela).

La pregunta central es si ha traicionado el primer cristianismo. La respuesta está en el dominio de ciertos textos que han estado en manos del Priorato de Sión desde los templarios. Ahora el peligro, por diversas circunstancias, es el que el Priorato de Sión pierda estos textos a manos del Opus Dei. La sobrina del Gran Maestro, Sophie, quien es experta en simbología y trabaja para la policía judicial francesa, se vuelve prófuga junto al estadounidense Robert Langdon, doctor en simbología y profesor de Harvard. El ha llegado a París para ofrecer una conferencia, y desde el inicio de la novela es considerado por el capitán Bezu Fache, director de la policía judicial francesa, como el principal sospechoso del homicidio. Sophie lo protege, ya que se ha dado cuenta de que los mensajes que deja su abuelo, a quien ella no ha visto en muchos años debido a una ruptura en su relación –de nuevo, poco creíble en cuanto a sus razones– van dirigidos a ella. Son perseguidos por el asesino del Gran Maestro, el albino Silas,

converso numerario y sicario del Opus Dei, mientras que el obispo Manuel Aringosa, prelado del mismo Opus Dei – hombre piadoso que defiende el tradicionalismo, rigorismo y espiritualidad de esta congregación católica como el último reducto de la fe– le da órdenes y busca estos mismos documentos para adquirir poder frente al Vaticano.

Sin embargo, lo inverosímil es que todos ellos pasan a ser fuerzas, inteligencias, manipulables por el poco creíble y bastante acartonado historiador británico, noble y por supuesto excéntrico Sir Leigh Teabing, que, aparte, aparece a la mitad de la novela. Resulta la figura en torno a la cual gira todo. Impresionante, ¿cierto?, lo que puede lograr un título nobiliario, el dinero equivalente a un pequeño país rico, un *chateau* normando conocido como *le petite Versailles*, el pertenecer a la Real Sociedad de Historiadores, tener astucia y wit (más bien chocante), contar con tecnología *state of the Art* en el desván de su casa –al cual no sube Sir Leigh, debido a la polio que lo dejó parcialmente inválido de niño, sino su mayordomo, Rémy Legaludec– y tener una misión por la cual estar dispuesto a morir. Todo lo anterior basta para opacar al Vaticano, la Interpol, el Opus Dei y demás, y para dejar a estas respetables instituciones, y las personas que les dan voz, en el papel de ingenuas, anacrónicas, posiblemente vetustas, aunque finalmente bien intencionadas todas.

En vez de distintas tramas e historias entrelazadas – teológica, policíaca, eróticamente– que se amalgaman o son vasos comunicantes, la historia se vuelve una sola, de persecución. Desaparece, al igual, el conflicto. No hay conflicto – según la poética novelística de M. M. Bajtín, Ernesto Sábato o Milan Kundera, entre otros– ni lucha, confrontación entre voces, visiones, lenguajes, sociedades. No hay riesgo ni juego real. En lugar de una lectura crítica, *El Código Da Vinci* prefiere decir que el mundo es un buen lugar excepto por uno que otro fanático. El terrorismo, parecería, es el mal que debe interesarnos a inicios del tercer milenio. ¿Suena conocido?

El valor de la novela de Brown reside en su temática, en ser una obra que recoge lo mejor de la contracultura del último casi medio siglo, en su insistencia de que Occidente vive un desequilibrio profundo, sobre todo en relación con el opacamiento de lo femenino por parte de lo masculino. El argumento central de esta novela, que no es nuevo, es el de María Magdalena como mujer de origen noble y esposa de Jesús. La descendencia de ambos, que parte de una sola hija, Sarah, debe ser protegida por el Priorato de Sión a través de los siglos, junto con los textos cristianos, originarios pero luego descartados por la Iglesia ya romana como heréticos o, cuando menos, heterodoxos, hasta que los tiempos indiquen que esta verdad debe ser revelada. Se requiere de un cambio de corazón, una *metanoia*, contra el exceso de testosterona y el desprecio a la mujer (y de paso al matrimonio) en la Iglesia Católica y por ende en la civilización occidental. De nuevo el problema atrae, y hay verdades parciales en su planteamiento, pero metido a jugar –a novelar– con eso, no aprovecha la presencia femenina en la misma tradición católica y cristiana (incluyendo a los millones que en la actualidad quieren que María, la madre de Jesús, no sea la principal *mediatrix* y Reina de los Cielos, sino también corredentora junto con su hijo), ni echa mano de la compleja mariología contemporánea, ni de las implicaciones que entrañaría el afirmar que Jesús sólo fuera profeta, cayendo así en una de las dos posibles herejías que han existido desde el inicio del cristianismo: negar la divinidad de Jesucristo o negar su humanidad.

Un excelente profesor de literatura británica y estadounidense que tuve en la preparatoria ofrecía un curso que se titulaba: *Bestseller versus Quality*. Formado por los *New Critics*, no dudó que fuera poco tolerante en sus conclusiones, pero reconozco, a estas alturas, que los fenómenos de gran venta y gran calidad literaria en contadas ocasiones forman pareja.

Reproducido de *Letras Libres*, México, marzo de 2004, año VI, número 63, págs. 79-81.



El Código Galileo



Mario León Rojas

Si hiciéramos una des-criptación de la leyenda de Galileo cuando después de abjurar de sus afirmaciones sale murmurando: "pero se mueve", veremos que encierra un mensaje.

Nos previene para no expresar nuestras opiniones o verdades cuando triunfa la necesidad. El caso de Giordano Bruno confirma estos temores cuando nos enfrentamos al terrorismo de los estados despóticos.

Desde otra perspectiva, esa prudencia implica sólo expresar opiniones cuando son acordes con las de los dueños de la opinión, lo cual me parece tan abominable como la muerte.

Mal he podido ajustarme a tan saludable norma de silencio, y la tentación siempre me vence.

Tampoco he podido, y lo digo a título personal, librarme de opinar acerca del *Código Da Vinci*, a pesar de mi promesa de no leer por ningún motivo la novela.

Y no me mueve ningún prejuicio acerca de su contenido o su calidad, simplemente: no me alcanza el tiempo para ponerme al día en los asuntos fuera de mis intereses.

Sin embargo, he cedido al morbo público y vi la película, la cual me pareció —desde el punto de vista cinematográfico— bastante pobre.

Mi juicio no puede extenderse a la novela que según algunos aficionados a esos temas resultó muy buena, *aún en su versión en inglés*.

La novela policiaca de Dan Brown, según se desprende del filme, recurre a uno de los argumentos básicos del género: La víctima de un crimen deja como pista para resolver el misterio, un acertijo, que debe ser resuelto para conocer el secreto causante de su muerte.

Después de toda una trama encriptada, el lector descubre el secreto que será trascendental en cuanto le resulte sorprendente, novedoso y si es posible escandaloso o subversivo.

Una de los lances del texto, es el probable uso de la onomástica para completar el mensaje. Obviamente *Sofía*, como se llama el personaje principal en español, tiene como etimología común del griego el sentido de sabiduría. Neveu, dentro de mi visión profana pero válida, puede asociarse por cierta homofonía con *Novou*, y tendríamos una Nueva Sabiduría, y, lo que parece evidente Nueva Sabiduría que sería por fin proclamada, si atendemos que al final los verdaderos apellidos de Sophie son: Plantard y Saint Claire.

Aclaremos: Santa Clara, es la patrona de las lavanderas y los vidrieros cuyo nombre significa: llamar, proclamar, convocar (YANES, 1998). Y Plantard, del inglés, se puede interpretar como la que fue plantada, es decir, puesta sobre los pies, con lo cual tenemos que Sophie: es la nueva sabiduría que: será implantada, proclamada; y en cuyo nombre se llamará y convocará a los pueblos.

Obviamente, el inspector Beszu Fhace, es decir que tiene la *jacha* de Belcebú o del furioso toro original, será quien perseguirá a esa nueva verdad instigado por los fanáticos religiosos de la Iglesia Católica y del Opus Dei.

Y así podríamos seguir un hilo interpretativo que nos descubre además el sentido humorístico del novelista: el personaje Robert Langdon, puede ser Robert Graves, el afamado novelista y mitólogo. Si admitimos que Robert es Graves, Langdon puede interpretarse así: Lang, como lo referido a largo, y don es la contracción de do on, o sea ponerse algo como una camisa (Funk & Wagnalts, 1961). De lo cual podemos deducir, que es un criptólogo metido en una camisa de once varas.

Dejemos el asunto hasta aquí para que no se complique el tema con algo no esencial para nuestro comentario.

Rápidamente, procuremos tomar un atajo. Obviamente el *Código Da Vinci* no pertenece sólo al género policiaco sino, además a la literatura esotérica.

Está literatura floreció después del BOOM, como hay que decir ahora, de la Era de Acuario y del New Age.

Ese BOOM, tuvo un interesante resultado: por una parte el descubrimiento de este mercado logró que se tradujeran y reimprimieran una gran cantidad de clásicos herméticos; por otra renegó del racionalismo positivista, imponiendo una nueva visión de las cosas, como ocurrió con el *Retorno de los Brujos* de Pawles y Bergier.

Sus antecesores inmediatos, en la literatura europea, son Stefan Sweig y Herman Hesse. En el pensamiento, un distinguido grupo de espiritistas y teósofos.

La posibilidad de una ciencia del espíritu, resultó su principal aporte y más cuando se evidencia que —como lo dijo don Roberto Brenes Mesén— la verdadera filosofía es la sabiduría del Amor.

Sin embargo, como parte del signo de nuestros tiempos los verdaderos estudios místicos quedaron sepultados por las toneladas de papel impreso, donde circulan y seguirán circulando cuantas cosas pueda imaginar el género humano.

Desde la perspectiva del mercadeo la literatura esotérica abrió una veta que aún parece inagotable. Considero que a veces no ha podido superar las cúspides de la Ciencia Ficción, pero no puedo dejar a un lado, por ejemplo, las traducciones de los taoístas hechas por Tomas Merton y joyas como los trabajos de Pappus, o la recuperación de textos alquímicos y cabalistas invaluable.

En esta literatura se han dado toda clase trucos, misterios y falsificaciones: Lobsang Rampa, una especie de agente 007 y Lama budista, creado en los talleres de las

editoriales, agota todos los misterios del Tíbet; el asombroso Fulcanelli, el último y más auténtico de los alquimistas quien resultó ser un equipo de escritores, develó la simbología de los Templos en París; Castañeda, de quien sólo se conocen los ojos, rescató a la india María y a Don Juan, y puso a la luz los misterios de los chamanes.

Y de la nueva visión cristiana, que también se liga al despertar de la espiritualidad, tenemos sobrados elementos de integración a la mitología de nuestra América, aparece un texto tan hermoso como el Evangelio de Quique Gavilán de Leñero, o El Cristo de Palacahuina de Mejía Godoy, o toda la imaginería cristiana de nuestra América donde se ha conjuntado nuestra diversidad.

Lo que si es claro cada vez más, es el entramado de las grandes industrias editoriales.

Acerca de ello resulta ilustrativo recordar el *Péndulo de Foucault* de Eco, donde se ponen de manifiesto los juegos financieros de esas industrias.

La obra de Dan Brown, acerca de cuya calidad omito opinión por motivos conocidos, es un ejemplo del manejo del mercado simbólico (EDMOND, CROS), en este caso de las técnicas para el mercadeo masivo, de sobra conocidas por la industria cinematográfica.

Hasta aquí no tenemos nada nuevo, respecto a nuestro referente que es la literatura y el arte como mercancía, en sus soportes particulares: el libro y su versión cinematográfica.

Vamos más allá de la alharaca esperada, pues ahora vendrá todo un tsunami de literatura acerca del tema hasta agotarlo.

Lo demás es puro ruido: las voces de los fanáticos de los diversos bandos, los juegos de los publicistas, etc. Aunque, en este caso no se trata de ruido como simple interferencia, sino de ruido como información potencial, que nos muestra como las partes en conflicto medran en las oscuras aguas del mercadeo.

Uno de los beneficios derivados de este caso, consiste en poner de manifiesto cual es el avance en los conocimientos literarios de nuestra población y de la riqueza de su vocabulario.

Seguimos mal: la reacción respecto a la veracidad de una obra de ficción causa, en nuestros medios, una reacción semejante a la estampida que produjo la versión radial de *La Guerra de los Mundos* de H.G. Wells, en los primeros años del siglo XX.

También podemos observar su capacidad crítica, que no necesariamente resulta del conocimiento de alguna teoría literaria.

Sorprendentemente predominaron las posiciones de los fanáticos y sobró quienes consideraron, como en antaño, enviar el autor a la hoguera, y proponían como ejemplo el fanatismo de los islámicos.

Nos permite también saber la capacidad de compra y el interés de la población por los libros, en particular los textos de ficción, lo cual es de nuestra incumbencia.

Lo que parece claro es que hay la emergencia de un mercado del libro local, donde caben algunos escritores profesionales, dedicados a la enseñanza de la literatura o literatos en ejercicio, que de alguna manera pueden esperar unos derechos de autor justos para sufragar por lo menos los más urgentes gastos de su manutención.

Gracias a la actividad de la Editorial Costa Rica, primero, luego a la de las editoriales universitarias (UCR, UNA, Tecnológica, Estatal a Distancia y Libro Libre) y algunos esfuerzos de editoriales privadas (Nueva Década, Lehmann, Internacional, Norma, Guayacán, Andrómeda y Perro Azul) se ha logrado un cambio significativo en nuestros lectores. Pero siguen siendo pocos.

A pesar de la excelente calidad de sus impresiones y sus textos, y lo relativamente baratos, el mercado de los libros costarricenses apenas repunta.

Don Fernando Durán nos da el ejemplo de la Librería Universitaria, donde se exponen los libros de las más diversas ediciones, de los autores nacionales, la cual sufraga sus costos.

Las distorsiones del mercado son muchas. Entre ellas, la falta de libreros interesados en conocer y divulgar los méritos de nuestros escritores reflejada en: la carencia de estantes adecuados, y exhibidores para los libros; y en el hábito de recibir los libros en consignación, lo cual encarece la distribución.

En los últimos cincuenta años ha crecido un poco la imagen del escritor en el medio costarricense. Sin embargo, no es suficiente.

La literatura nacional, entre otras cosas permite al pueblo recuperar las raíces de su cultura, es decir de su quehacer como pueblo, para que pueda apropiarse de su personalidad como habitante y miembro de su comunidad nacional. Lo hemos dicho muchos, pero todavía falta un largo camino.

Uno de los axiomas del mercadeo señala que la demanda crea el producto, aunque también se requiere un producto capaz de atraer demanda.

Las barreras caen, poco a poco, pero se necesita más acción para mejorar ese mercado.

Pueda, como decían los antiguos, este discurso lavar el pecado de nuestras omisiones, y dediquemos también un tiempo y algún dinero al conocimiento de nuestras creaciones literarias.



El Código Da Vinci



Antonio Pizarro*

"La iglesia tiene dos mil años de experiencia en eso de presionar a los que amenazan con desvelar sus mentiras".
Sir Leigh Teabing

Vistos desde afuera, resultan exagerados la polémica y el revuelo que han levantado libro y película. Sucede también que, a menudo, el sensacionalismo procede del desconocimiento. Convendría, por tanto, precisar algunos extremos que permitan situar la discusión en sus justos términos. Dejando por sentado que el libro está bien escrito, que la trama engancha salvo, en mi caso, en algún momento hacia el final, lo cierto es que el tema no es nuevo. Sin salir de la literatura, fue tratado no hace mucho por Saramago en *El Evangelio según Jesucristo*. ¿Por qué, en esa ocasión no asistimos a parecidas reacciones? ¿Será porque Brown ataca directamente a la Iglesia? No comparto esa opinión. Decir que el Opus Dei es una secta fundamentalista es descubrir el agua tibia. Pero esa verdad de Perogrullo queda ensombrecida por una declaración más importante. Pese a la impresión en contra, en el capítulo 103 se dice de forma taxativa que se "había implicado al Vaticano y al Opus Dei, dos grupos que habían resultado ser totalmente inocentes". Por si fuera poco, el más intransigente adversario de la Iglesia, Sir Leigh Teabing se descubre al final como el malo de la película (nunca mejor dicho), un criminal, miembro de la legión de "mentes paranoicas" (pág. 545).

O sea, que de ataque al catolicismo, poquito. Y los enemigos de la Iglesia como Teabing, solos se desprestigian.

¿Será la forma sacrilega de tratar a Jesús, llamado Cristo? Ya lo han hecho Saramago y algunos teólogos críticos. La ventaja de la Iglesia son los bajísimos índices de lectura. La humanidad del Nazareno es de sentido común y G. Vermes lo restituyó a su condición inalienable de judío. Dicha reubicación tiene unas consecuencias demasiado humanas. Lo de la descendencia es una fábula literaria (y como tal debería tratarse), pero no deja de ser una conjetura plausible. A lo mejor, hasta hace pensar a los creyentes. ¿No será ese el motivo del disgusto? Esta conjetura es más que razonable a la vista de tantas recomendaciones oficiales y oficiosas de la jerarquía y de expertos laicos para que no se vea la película (ver es más fácil que leer). Sin embargo, el problema con esta actitud de la Iglesia —que somos todos— es otro. Y es que pone en evidencia la lógica de la tutela de los laicos que son tratados como menores de edad, como rebaño que se pastorea, lo cual a estas alturas de la historia ofende la inteligencia y subleva la dignidad de todos.

La iglesia ha utilizado a lo largo de su historia dos estrategias contra sus enemigos: ignorarlos o perseguirlos, el silencio o la difamación. Esta vez la campaña en contra está teniendo un efecto bumerán indeseable para la religión y muy rentable para todos los que se mueven alrededor de *El Código Da Vinci*, desde Dan Brown hasta el último pirata doméstico que se ahorre el dinero de leerlo o verlo.

*Historiador. Este artículo es reproducido del *Semanario Universidad*, n° 1668, Universidad de Costa Rica, 1-6-06, pág. 17.



El Código Da Vinci



Gabriel González Vega

Con esta obra nos encontramos ante el extraño caso de un filme menos importante que todo lo que guarda relación con ésta: la apasionante novela original, el millonario éxito de ambos, la intensa y orquestada campaña de desprestigio por parte de iglesias cristianas, que se sumó a la de promoción impulsada por los distribuidores, y el escandaloso manoseo mediático de los temas que trata. Lo que al menos sugiere la certeza de una idea que se deriva del propio libro: de cómo los intereses y la intrigas de poder definen las organizaciones religiosas en el devenir humano, lo que no hay que confundir con el anhelo de lo metafísico, con la inspiración divina, que vibra en el alma de cada individuo. ("...quiero por lo menos ser Dios", decía el filósofo Miguel de Unamuno).

Si bien el autor de la novela es Dan Brown, ésta es una esmerada realización editorial, forjada con el trabajo minucioso de muchos colaboradores, algo normal en el modo de producción vigente. Pese al desprecio de algunos intelectuales, el libro convence como obra literaria. Es un relato ágil, dosificado y erudito; que atrapa y mantiene el interés. De corte policial, se basa en la intriga y el misterio —nos sumerge en la criptografía y el simbolismo— juega e indaga con la magia y la religión, y ciertamente, ofrece observaciones críticas estimables. Se atreve a mostrar la violencia descarnada, pero sin el regodeo morboso usual, y es puritano en cuanto al erotismo de los protagonistas. Al lector atento e interesado le provocará reflexiones críticas muy provechosas. Que el arte debe suscitar preguntas, no brindar respuestas. El perfil psicológico de los personajes es sencillo y la tesis sobre la represión de lo femenino en el imaginario cristiano viaja con el intrincado relato y se somete a éste. Mas, que sea distinto, no significa que no sea valioso ni útil. El conocimiento y su depuración transitan caminos diferentes.

Luego de leer, asimismo, *Ángeles y demonios*, del mismo autor, el que me pareció un libro aún más interesante (presenta al mismo protagonista, el eminente profesor de Universidad de Harvard, Robert Langdon) confirmo estas cualidades de Dan Brown. Frente a la cultura pop dominante —entre otras cosas, enemiga de la literatura, como sostiene el investigador guatemalteco Mario Roberto Morales—, ahogados por la superficialidad, novelas como éstas —que además sí se leen— son una bendición para los que preferimos seres humanos que piensen y disientan, no rebaños de fundamentalistas empeñados en matar o morir a nombre de sus prejuicios y al servicio de la teocracias que los controlan, como ya ocurre, sea en Irán o en los Estados Unidos, porque los extremos se unen...

El filme, estrenado sin éxito en el Festival de Cannes, pero que llenó las salas alrededor del mundo, es, paradójicamente, menos cinematográfico que la novela. Fiel a ésta, su transcripción literal resulta desigual y a veces se torna aburrida. Su puesta en escena nos atiborra de datos que no da tiempo de digerir. Si bien muestra una factura notable, no aprovecha suficientemente los sitios extraordinarios y las situaciones insólitas por las que discurre. Como "thriller" (cine "negro" que estremece) se maneja con colores fríos y tonalidades grises, que no tienen la fuerza tanta fuerza en las imágenes como en obras realmente notables como *Colateral* de Michael Mann o *los Siete pecados capitales* de David Fincher. Algunos planos parecen postales.

Tom Hanks es poco creíble; no tiene estampa de profesor ni brilla por su sagacidad. Luego de sus acertados papeles en *Filadelfia*, (un abogado homosexual enfermo de SIDA), *Forrest Gump* (un tonto muy vivo) y *La terminal*, (un extranjero víctima de la xenofobia y la violencia demencial de la dictadura fascista que se consolida en los Estados Unidos) aquí vaga sin alma, como perdido. Su compañera, Audrey Tatou, un poco más expresiva, se queda corta como Sofía. (¿Esa es Amélie?). Y Jean Reno (*Nikita*), experto en estos roles, tampoco tiene oportunidad de aderezar su comandante Fache. Lo que dicen, a veces, parece recitado.

Los usualmente magníficos Ian Mc Kellan (*Dioses y monstruos*) como el insidioso noble inglés y Alfred Molina (*Mi bello lavandero*) como el obispo Aringarosa sí logran, en papeles secundarios, dotar de mayor hondura, malicia y humor a sus caracteres. El filme nunca levanta verdadero vuelo; yo me quedé frío ante la pantalla luego del delicioso viaje que tuve con la novela. Sin embargo la segunda vez que lo visioné, sin tener la novela tan presente, me gustó mucho más. No es una mala película y comparto la calificación de siete (de diez)



que le otorgaron tres colegas locales. Tampoco me sorprende el resultado. El director Ron Howard no es un verdadero artista, sino un experimentado fabricante de narraciones. Un técnico hábil que no parece tener una perspectiva personal, un cineasta sin suficientes agallas. Su trayectoria así lo demuestra: *Splash*, *Cocoon*, *Willow*, incluso lo mejor que ha hecho, *Apollo 13*, tampoco trasciende. Con *El luchador* protagonizada por Russell Crowe, logra su mejor filme, gracias en mucho al talento y empeño del actor.

Junto al desencanto de muchos cinéfilos que esperaban más, observamos una campaña millonaria e insidiosa para desprestigiar novela y filme y para convencer a todo el mundo de evitarnos como a la peste incluso, en este país, ha sido evidente el manejo mediático, especialmente en el diario *La Nación*, y no han faltado quienes se han sentido urgidos de sumarse a la cruzada. Los hilos de una inmensa red de poder han sido expuestos. Veamos algunos de los argumentos de estos modernos inquisidores.

- Atacar sus ventas exitosas ha sido de un cinismo flagrante por quienes, a la vez, defienden a ultranza esta sociedad globalizada de la máxima producción y el máximo consumo.
- Una línea de fuego consistente ha sido atacar los presuntos errores históricos de la obra. De tomarlos en serio, se requerirían cientos de páginas para analizar cada dato y contexto e intentar verificarlos, pero esto es un callejón sin salida, puesto que el arte no se juzga con los parámetros de la ciencia.
- Se ha comparado reiteradamente *El Código Da Vinci* con la *Biblia* y hasta con dogmas de la fe. Pero, como obra de arte y como testimonio estético, no es ni una fuente original ni una interpretación científico-social, por lo que, como en todo el arte, esa presunta exactitud no es relevante, sino el punto de vista del autor. El arte es precisamente esa posibilidad de examinar las cosas de otro modo, con otras herramientas, a beneficio de inventario. Además, se ha presumido que la *Biblia* es sinónimo de verdad histórica. Pese a que ésta son varios libros, sobre un determinado pueblo de la humanidad (las recientes campañas de destrucción del gobierno de Israel en el sur del Líbano —sin obviar el terrorismo islámico como corresponsable del conflicto—, revelan lo que significa la sentencia del "pueblo elegido" en el contexto del Viejo Testamento). La *Biblia* procede de diversas épocas, con variados orígenes —incluida la tradición oral—, cuyas partes han sido alteradas, suprimidas, traducidas o interpretadas, además de apropiadas por la dogmática religiosa que para algunos éste, o aquel o el otro texto, el *Corán* o el *Popul Vuh*, sean verdad revelada no los hace ciencia histórica. Además, la historia, como ciencia, también debate muchos puntos de vista contradictorios; ni siquiera la ciencia Física escapa a esa incertidumbre y al hecho de que al observador siempre modifica lo observado, como ocurre con las partículas más pequeñas que se han ido descubriendo.

Mas, hay un solo dato, el esencial en el que no hay error en la novela y que ha sido demostrado ampliamente con todo lo que ha ocurrido. Que existen poderosas organizaciones humanas religiosas, vinculadas con otros ejes de poder, que usufructúan la necesidad metafísica, la voluntad de trascendencia y el anhelo de lo divino que sienten una mayoría de personas, para sus muy humanos intereses, poderes terrenales que al sentirse amenazados reaccionan con una fuerza y una virulencia que confirma su índole. Al respecto, y a modo de ejemplo, conviene tener presente la sólida investigación de David Yallup sobre el asesinato de Juan Pablo I y las mafias del Vaticano, *En el*

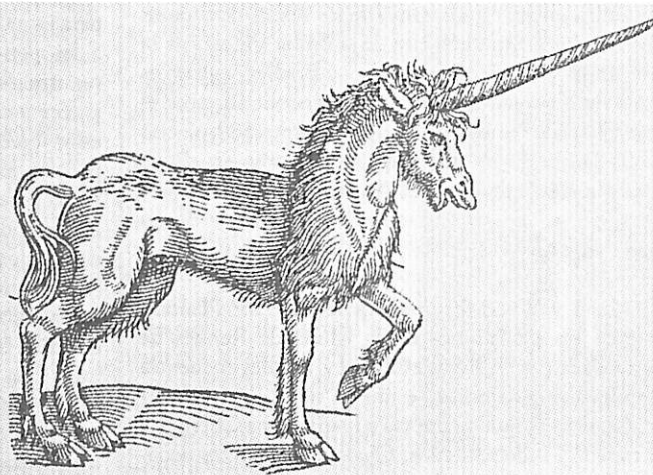
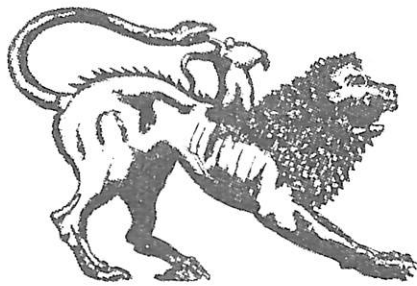
Nombre de Dios (sobre el mismo tema trata el filme *El Padrino III*, de Francis Ford Coppola). Dios o Jesucristo, no son la propiedad privada de grupos que cobran peaje por llegar al cielo. Cada ser humano tiene el derecho y el deber de buscar y creer o no, de alcanzar la fe o negarla. El que se erige como intermediario fácilmente se vuelve opresor —el poder corrompe— y manipula esa fe a su conveniencia, de forma análoga a como ocurre en el ámbito de lo político y social. Faltan a la verdad los que dicen que estas obras atacan a Dios. No es cierto; pero sí dan a entender que Dios es de todos y de cualquiera. Que nadie tiene derecho a erigirse en su representante oficial. El problema es de dimensión humana. La historia se repite. Ya Federico Nietzsche había subrayado cuanta destrucción y maldad acumula la historia de las religiones. Para muestra de esa combinación de ignorancia y mala fe baste el filme *El Nombre de la Rosa* de Jean Jacques Annaud, basado en la novela de Umberto Eco.

Se ha dicho que es irrespetuoso apartarse de la versión oficial de una iglesia dominante. Esto es grave porque condena el acto —y el derecho— de

conocer y expresar ideas que no sean las de los detentadores del poder. Esto es negar de raíz la libertad de la condición humana o el libre albedrío religioso o esclavizarnos a todos. En sociedad se regulan y hasta se sancionan las acciones; pero bajo ninguna circunstancia se deben prohibir las ideas y su libre expresión. Hay que resucitar a Voltaire. Pedirle a los adultos, como se ha hecho, que no vean un filme —este o cualquiera— para que no se confundan, es decirles que son incapaces de pensar y elegir en situación, que su fe depende de la ignorancia; que solo deben obedecer, ¿no es esto, desgraciadamente, lo que nos dicen en casi todos los ámbitos? Y algunos, domesticados, hasta se jactan de hacerlo, de convertirse en meras cosas, sin voluntad propia, atentos a las órdenes de sus dueños. No por dicha, todavía algunos creemos en el ejercicio de la libertad, no en la obediencia al opresor. Pensamos que el respeto es reconocer la libertad del otro, para bien de todos, no como pretenden los inquisidores de siempre, abstenerse de poner en tela de juicio las creencias que imponen los poderosos mediante el miedo y la mentira.

Por la figura de Jesucristo, yo siento la más profunda admiración, sea éste visto como humano o como divino, y abrazo hasta donde alcanza mi falibilidad humana, su evangelio de amor, como han hecho algunos en las iglesias y como han hecho muchos otros en las mismas iglesias. Libro y novela tratan a Jesús el cristo con gran respeto; es a "los mercaderes del templo", a "los fariseos" que usan el nombre de Dios para justificar sus crímenes, a los que éstas y otras obras censuradas se refieren; frente a las que debiera suscitarse una discusión religiosa, inteligente y esclarecedora en vez de la censura oscurantista que hemos sufrido. En buena hora que la gente vea el filme y lo analice con sinceridad.

* Parte de este texto fue publicado en el *Semanario Universidad*, Universidad de Costa Rica, 16, cultura, 29 de junio de 2006. Se publica aquí el texto íntegro.



Epitafio



Érica Arroyo Salas

Hubiera deseado equivocarme más seguido.

Hice todo lo que pude en el tiempo que pude.

Señor, no la viví lo suficiente, la desperdiicé demasiado.

Al fin podré dormir lo suficiente.

TÓPICOS DEL HUMANISMO

Universidad Nacional
Centro de Estudios Generales
Apartado 86-3000
Costa Rica, América Latina
Teléfono 277-3307

MIEMBROS DE LA COMISIÓN EDITORIAL:

Licda. *Mayela Cascante Fonseca*.
Decana del Centro de Estudios Generales.
Lic. *José Rafael Zamora Brenes*.
Vicedecano CEG.
M.Sc. *Sandra Castro Paniagua*.
Catedrática CEG.
Profesor *Alfonso Chase Brenes*.
Escritor. Premio Magón, 1999.
Lic. *Gerardo César Hurtado Ortiz*.
Académico y escritor.

ARTES FINALES:

Víctor Hugo Navarro

La Comisión Editorial de *Tópicos del Humanismo* hace saber:

1. Los artículos deben enviarse en diskette y copia impresa. La extensión de los trabajos no debe exceder de 12 páginas a doble espacio.
2. La Comisión se reserva el derecho de aceptar o rechazar los artículos, reseñas, comentarios, que se sometan a su consideración.

UNA
UNIVERSIDAD NACIONAL
COSTA RICA

Impreso en
el Programa de Publicaciones e Impresiones
de la Universidad Nacional

PRESENTACIÓN

Al humanista en general le interesan los aspectos de lo profano y lo sagrado. Se diversifican vertientes de la cuestión final si se puede, al fin, enseñar lo aprendido y si la virtud existe en nuestro tiempo. Mundo cambiante, estructuralmente profundo en los quehaceres que necesita la educación. Y es tal su diversidad que aprendemos aquello que más agota el mundo del fanatismo y la religión, o el saber o la ignorancia. En muchos aspectos debemos precaver la vocación humanista en cuanto que el mundo se polariza como una entidad que produce nuevos saberes en tanto que políticamente la democracia permite logros que la educación permea en cuanto vivimos en un mundo actualmente violento y fronterizo con la toma de conciencia de formas de convivencia. Incluye la tolerancia, la libertad, la libre expresión y la vocación de ser agentes de los finalismos como se cuece en estos días de cambios sociales en nuestro país y el Continente Latinoamericano.

Es por esto que dedicamos a la meditación que interesa a los humanistas por su conocimiento entrañable en lo religioso, el tema de discusión en lo que se ha dedicado a la literatura y en la cultura, el significado de la tolerancia y el ritmo sabroso de una propuesta interesante: la libertad de elección. El tema no es de nuestro tiempo, a la vez, es un tema que fricciona las conciencias y produce nuevos conocimientos sobre los orígenes del Redentor de la Humanidad, que hasta en nuestro días se disfraza en los medios de comunicación de masas y aparece como personas que intentan definir el rostro de nuestro siglo de por sí en crisis.

Gerardo César Hurtado Ortiz
Editor

Créditos: PORTADA: Fernando Carballo: "Búsqueda", óleo sobre papel, 1987. BCR0214. • CONTRAPORTADA: Sabrina Hurtado Guevara: "Flores secas", fotomontaje, 2005.